

nimo autor; lo cual es verdad, si se atiende á que los RR. PP. jesuítas fueron únicamente fundadores de las Cuarenta Horas de Carnaval, no de las demás, como asegura acertadamente el P. Chardón, (1) al distinguir cuatro clases de solemnidades semejantes, según vamos á exponer.

Las primeras y más antiguas, dice este Padre, tomándolo de Mr. Thiers, son las instituídas antes de 1556, por el P. José de Milán, capuchino, quien las estableció en memoria de las horas que N. Salvador estuvo en el sepulcro. El P. Pedro de S. Romualdo Julense (2) atribuye también á dicho venerable Padre la institución referida.

798. Las segundas son las que aprobó Pío IV en su bula *Divina disponente clementia*, fecha 17 de Noviembre de 1560, y practicaban los cofrades de la Oración de la Muerte, á imitación del ayuno del Señor.

799. Vienen en tercer lugar las establecidas por los padres jesuítas. Finalmente las últimas y más notables por ser las más solemnes y generalizadas, son las instituídas por Clemente VIII en 25 de Noviembre de 1592, con motivo de los trastornos de Francia y de los males que sufría la Iglesia á causa de los herejes y de los turcos. Mandó que se celebrasen sin intermisión, alternando todas las iglesias de Roma, de suerte que al tiempo de reservarse en una iglesia debíase exponer en la otra. Á este fin, y con objeto de que la Santa Sede diera el ejemplo, las incoó él mismo con los cardenales, en el Palacio Apostólico (3). La oración, que debía practicarse delante del Santísimo Sacramento expuesto, consistía en rogar á S. Majestad Divina por la Iglesia, por la extirpación de las herejías, por la paz y concordia entre los soberanos cristianos, por la conversión de los pecadores y por el Soberano Pontífice.

Viendo Paulo V el copioso fruto que resultaba de una práctica tan saludable, la confirmó en 1606. Benedicto XIV (4), en 3 de Diciembre de 1749, determinó que para cumplir la

- (1) Loc. cit.
- (2) Tesoro Cronológico.
- (3) 1.^a Dominica de Adviento.
- (4) Encíclica: *Inter præterita*.

oración señalada en las Cuarenta Horas bastaba la vocal, la que según acreditados autores puede consistir en una estación al Santísimo. El arzobispo de Toledo D. Diego de Astorga solicitó la gracia de las Cuarenta Horas, con los mismos bienes espirituales é indulgencias que acompañan á las de Roma, lo cual le fué otorgado con la facultad además de poder reservar el Sacramento entrada la noche. Cada 25 años es menester renovar concesión semejante.

800. Como las Cuarenta Horas que se celebran en la Ciudad Eterna y en algunos otros lugares, son continuas, á diferencia de las de nuestra España, en las que se oculta al Señor al tiempo del crepúsculo vespertino, por lo mismo tienen entre sí algunas prácticas diversas que las hacen más ó menos solemnes. Los templos de Roma, en los que les corresponde solemnizar las Cuarenta Horas, son profusamente adornados con colgaduras, arañas, lámparas y otros primores, según el gusto y voluntad de sus administradores eclesiásticos. Son incoadas con la misa solemne, que una vez terminada, se dispone todo lo necesario para la procesión del Santísimo, el cual es conducido por los claustros y hasta por la plaza del templo, si es que se celebran por alguna causa pública. Acabada la procesión, y después de cantado el *Tantum ergo*, se empiezan las letanías de los santos; á continuación el salmo *Deus in adiutorium* alternado y algunas otras preces, todo lo cual se puede ver detalladamente en el P. Carpo (1). Durante la exposición, debe haber un reloj que señale las horas, y á cada una de éstas se dará señal con la campana mayor de la torre. Á ningún seglar es permitido entrar en el presbiterio, ni aun para disponer las luces, que deberán ser arregladas por los ministros revestidos de sobrepelliz. Dos eclesiásticos ó religiosos, al menos uno, revestidos de sobrepelliz se relevarán continuamente en la vela de adoración que deben hacer al Sacramento, para cuyo efecto estarán arrodillados; si son sacerdotes llevarán la estola del oficio

- (1) Cæremonial. juxta ritum Rom., pars. III, art. III.

conveniente. Arden continuamente diez y ocho velas, el cual número puede disminuir hasta diez, luego de haberse cerrado las puertas de la iglesia. El último día de las Cuarenta Horas es celebrada la misa solemne; á continuación se recitan las letanías, terminándose la solemnidad con la procesión del Sacramento.

801. Un monumento existe, capaz él solo de inmortalizar á un hombre: la Iglesia y Colegio reales de *Corpus Christi* de Valencia erigidos por el beato Juan de Ribera. Lo que este santo arzobispo se esforzara por dar á la Divina Eucaristía un culto esplendoroso y magnífico, lo vamos á ver brevemente.

Edificó la referida Iglesia para que se tributase diariamente á Jesús Sacramentado la adoración y culto con la reverencia y brillantez que le son debidas; y la agregó un real Colegio sacerdotal, con objeto de que en él se educasen jóvenes amantes de la Eucaristía, y en el que habitasen capellanes, sacristanes y monaguillos *para que alabasen al Divino Sacramento con pausa y gravedad, cantándole salmos é himnos y cánticos y otras alabanzas con variedad de instrumentos que les acompañaran.* Al efecto instituyó en dicha Iglesia cuarenta y cinco capellanías; 30 de primera y 15 de segunda clase; mandó que en todas las Misas, al alzar la santa Hostia, un monacillo revestido con la sobrepelliz, incensase al Santísimo Sacramento, y como debían ser muchos en número los Sacrificios y oficios que se celebrarían, ordenó que nunca se apagase el fuego destinado al incensario. Buscó muchas reliquias de santos y la enriqueció con ellas. Hizo que Paulo V concediese á dicho templo seis jubileos perpetuos para seis jueves del año, y cien días de perdón para todos los del reino que al decir ú oír decir: *Alabado sea el Santísimo Sacramento*, inclinasen la cabeza ó practicaren otra acción demostrativa de adoración. Ordenó, asimismo, que todos los jueves del año se celebrase solemnemente una fiesta semejante á la del día del Corpus. Á este fin, dispuso que se dijera Misa solemne con *alabados*, de la manera siguiente:

802. Después de cantada sexta, bajan del coro á la ca-

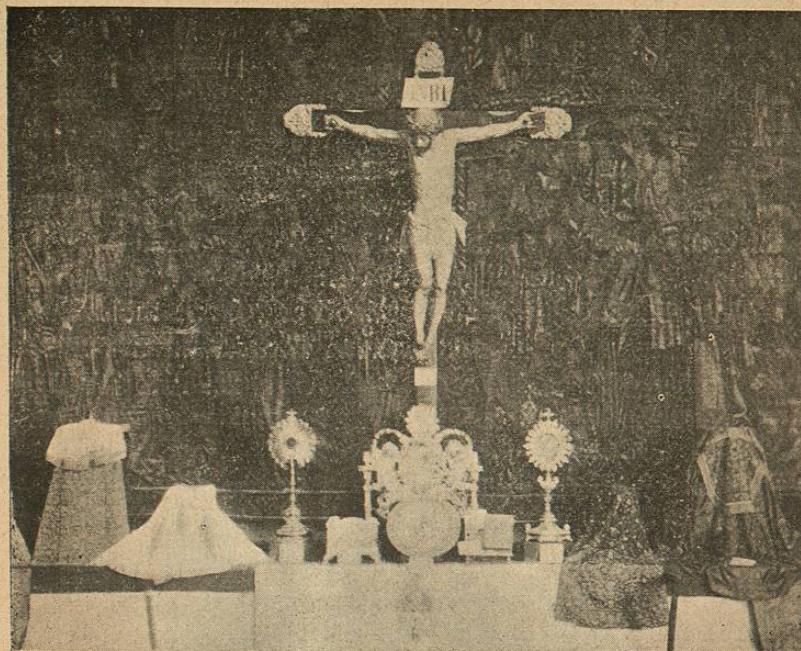
pilla mayor, de dos en dos, y con mucha gravedad, los capellanes cantando el himno *Sacris solemnis* y se colocan semicircularmente en el presbiterio. De la sacristía sale un acólito con el incensario y el Domero con capa pluvial, asistido de los diáconos, quienes, subiendo al altar, entonan el *Pange lingua* y descubren al Santísimo como se acostumbra. Uno de los cantores entona el *Verbum caro* y luego la capilla el *Tantum ergo* sin el *Genitori*. Terminada la oración *Deus qui nobis* y otra particular, el Domero canta en tono grave de Pasión: *Laudemus Dominum in timpano et choro: laudemus eum in chordis et organo*, y la capilla prosigue dicho verso. Á continuación es celebrada la Misa solemne del Sacramento; y terminada, mientras es rezada nona, se realiza la Procesión de las Flores, que componen dos monacillos con fuentes de plata, seis sacerdotes y otros tantos acólitos, quienes ostentan ramos fijados á hermosos pomos, todos los cuales, mediante varias genuflexiones y adoraciones, las ofrecen al Santísimo Sacramento. Concluida la nona, baja del coro la capilla para cantar los *alabados*, y cuatro acólitos con incensarios perfuman el templo; los clérigos suben de dos en dos al presbiterio, y el Domero, acompañado del órgano, canta tres veces: *Alabado sea el Santísimo Sacramento*, á cuyas palabras todos inclinan sus cabezas.

Terminado este acto, como si el templo de Corpus Christi fuera un cielo animado; y los clérigos, los veinticuatro ancianos; y el coro, el concierto melodioso de los ángeles: canta el Domero: *Sicut in holocausto arietum et taurorum et sicut in millibus agnorum pinguium, sic fiat sacrificium nostrum in conspectu tuo hodie*; y en otros dos intervalos canta también: *Dignus est agnus qui occisus est... Benedictio claritas et sapientia...*, haciendo profunda reverencia, é incensando al Santísimo después de cada canto, mientras que el coro entona en cántico festivo: *Laudate Dominum omnes gentes...*

803. Baile de los infantilillos.—Para la procesión claustral de la octava del Corpus, que debía celebrarse todos los años en el Colegio de Corpus Christi, proveyó el Beato

Juan de Ribera, que los infantilillos del mencionado Colegio amenizasen el acto con devotas danzas. Al efecto, dichos infantes, vestidos de ángeles, bailaban y cantaban en las cuatro estaciones del claustro, siendo acompañados de la música. La letra era composición del mismo Patriarca, que por cierto revela una unción y fervor indecibles, de suerte que el santo expresó mejor los conceptos por el fervor que le animaba que no por el arte, razón por la cual no son clásicas dichas composiciones. Seguramente fuera por los abusos, ó porque con la costumbre contraria se presta mayor reverencia al Sacramento, lo cierto es que en nuestros días el baile de que nos hemos ocupado ha desaparecido por completo. Para que fueran llevadas á cabo todas las referidas disposiciones, dejó el Beato cuantiosas rentas perpetuas. (Fotograbado 103.)

804. Nada más grandioso, severo y edificante que el monumento de Corpus Christi, modelo de templos católicos y de seminarios sacerdotales. No basta leer ú oír referir la grandeza y hermosura de su fábrica material, el orden completísimo en la reglamentación práctica de la vida mixta de sus moradores, el silencio profundo que en el Colegio reina y las ascensiones del corazón que en la Iglesia se experimentan; es preciso verlo y tocarlo por sí mismo para formarse cabal idea de lo que es el monumento eucarístico de Valencia. Yo no puedo detenerme, cual mi gusto fuera, en referir las dulces impresiones y emociones gratísimas que en la visita al Colegio se reciben, pero sí debo añadir que el monumento en cuestión es el primero del mundo en su clase y para su objeto peculiar. Y puesto que mi principal atención se ha de fijar en dicho templo y en su culto eucarístico, no diré más sino que la fábrica es de una sola nave, con bello crucero, alta cúpula y espaciosas capillas. Carece de puerta central ú opuesta al altar mayor, á fin de que jamás el Sacramento por ningún motivo sea objeto de irreverencia. Allí no se permite el ingreso sin que la mujer lleve puesta la mantilla y el varón la chaqueta; se impide la entrada á los irracionales y se evita la conversación, la descompostu-



Fotograbado 103.

Tapiz gótico del Real Colegio del Patriarca.

Utensilios del siglo XVI pertenecientes en su mayor parte al Beato

Juan de Ribera, arzobispo de Valencia.

Cristo de Alonso Cano—siglo XVII.

ra y la irreverencia, para lo cual hay designado un ostiario caracterizado. La bóveda del retablo mayor está ennegrecida á causa del incesante humo del incienso, y llama la atención en todas las misas rezadas, que el monacillo esté revestido, que se encienda tercera luz al *Sanctus*, y que otro monacillo quemase incienso durante la elevación de la Hostia y el Cáliz. Las armonías arrobadoras del órgano, orquesta y cantores ejecutadas diariamente, rayan en lo sublime; la devoción crece allí por grados y Jesucristo recibe un culto,

que estoy por decir, no se le tributa ni en la ciudad eterna. En efecto; fué tal la riqueza en mármoles, plata, oro, piedras preciosas y ornamentos riquísimos que el Beato Ribera empleó en la construcción y dotación del templo, que respondiendo á ciertos caballeros que murmuraban de que gastaba mucho dinero en la construcción de la casa, decía: «Quisiera, señores, tener aquí, no sólo todas las Indias con todos sus diamantes, perlas, plata y oro, sino también toda cuanta riqueza se pudiera encontrar en el mundo para honrar á mi Dios Sacramentado.» Y al terminar la grandiosa fabrica añadió, «que sus deseos eran haber adornado de oro y piedras preciosas, no sólo los altares, sino también el suelo que habían de pisar los sacerdotes después de haber recibido el preciosísimo y divinísimo Sacramento de la Carne y Sangre de Jesucristo nuestro Rey y Señor... de quien y para quien son sólo el oro, la plata y las piedras preciosas.»

El corazón del Patriarca Ribera y su amor al Sacramento, se revelaron por completo al mandar aquél esculpir y pintar en los muros del Colegio aquel gráfico texto de la S. Escritura, como dirigiéndose á Jesucristo:

Post hæc ultra quid faciam?

(Fotgrabado 104.)



Fotgrabado 104.

Precioso cuadro, ejecutado por Gambarino en el siglo XVIII, que se conserva en el Colegio de Corpus Christi, y cuya ornamentación se debe al ilustre D. Vicente Soriano, profesor hoy de la Escuela de Bellas Artes de Castellón de la Plana.